

Retorno a la semilla

ALEJO CARPENTIER

RAMON CHAO

El carruaje partió en la tarde. La casa se vació de visitantes. Cuando lo metieron de pie en el ascensor envuelto en plástico blanco un estremecimiento amarillo corrió por el óleo de los cuadros de Saura y de Portocarrero de la sala, y gentes vestidas de negro murmuraron y lloraron en todas las galerías.

Alejo Carpentier, uno de los más grandes escritores contemporáneos, ministro-consejero en París del Gobierno revolucionario de Cuba, Premio Cervantes, yacía el 25 de abril en su lecho, el pecho sosteniendo sus manos cruzadas, escol-

tado por cuatro ramos de flores.

Alejo no se sentía bien. Alejo se encontró, de pronto, tirado en medio del aposento.

Había charlado, con voz cada vez más ronca y arrastrando como nunca las erres —que siempre le hablan estorbado— hasta las once de la noche. Acababa un día de mucho trabajo, como todos los suyos: desayunó a las seis de la madrugada (varios yogurts hechos en casa); escribió (el comienzo de una nueva novela) hasta las nueve, y entonces, a la Embajada, donde permaneció toda la mañana.

La consagración

En 1979 publicó "El arpa y la sombra", un "irreverente relato", como decía, sobre el intento desca- bellado de canonizar a Cristóbal Colón. Era uno de esos divertimentos llenos de humor, que escribía Carpentier a la par que sus grandes novelas, como para distraerse.

En Cuenca estuvo un verano reciente de vacaciones con Antonio Saura y con nosotros y allí evocaba su estancia en esta ciudad durante la guerra civil. Había participado en el Congreso de escritores en 1937, con Marinello, Nicolás Guillén, Octavio Paz, Pablo Neruda, entre otros latinoamericanos. Se acordaba de todo: de los paseos por la Hoz del

Júcar, de las inscripciones latinas de los conventos. De Minglanilla por donde pasaron camino de Madrid. Los intelectuales celebraron un mitin en la plaza del pueblo, y se les acercó una mujer para decirle: "Ustedes, que saben escribir: ¡defiéndannos!". "Nunca me vi tan desarmado", nos dijo Alejo.

De esto trata su gran novela "La consagración de la primavera", publicada en 1977. Abarca desde la guerra de España hasta la invasión de la bahía de los Cochinos por los norteamericanos.

Hasta entonces, poco se sabía de la participación de los cubanos en la guerra nuestra, que formaron el grupo más numeroso de todos los latinoamericanos. Eran unos mil, entre ellos el pintor Wifredo Lam y Pablo de la Torriente Brau, que murió en Majadahonda. Carpentier, que estuvo en Alemania cuando la subida del nazismo, en Francia con el Frente Popular, y en la Cuba revolucionaria invadida en Girón, traza un fresco grandioso a través de un personaje que bien podía ser él mismo, pues se ve mezclado en todos esos acontecimientos históricos, y al fin toma conciencia defini-



tiva de su deber cívico en Cuba. "Cuando la invasión norteamericana a Cuba yo me alisté para ir a combatir. Me dieron instrucción militar durante unos días, pero después, chico, pensaron que a mis cincuenta y cinco años ya era demasiado viejo para ir a pegar tiros, y me quedé en La Habana", decía, sentado en su mecedora de paja, dejando caer las manazas en las rodillas y riéndose como un niño travieso. Y pasados los setenta, cuando otros están viejos, definitivamente escépticos y cansados, él escribía su primera novela realmente comprometida. "Lo que hay que hacer es elegir bien su compromiso, sin equivocarse. La posteridad no perdona a los defensores de las malas causas. Y a pesar de lo que se diga, aunque no se quiere ver la realidad, aunque uno se vele la faz ante las cosas concretas, siempre se sabe dónde está el bien y dónde está el mal". Yo lo he visto en la primera Asamblea Popular Revolucionaria, en La Habana, donde fue elegido diputado. Aseguro que fue uno de los que más en serio tomaron su mandato. Perdía demasiado tiempo en esto, le decía, y me contestaba: "Soy ciudadano casi antes que escritor, porque en lo que se refiere a mi país al menos, el destino de diez millones de hombres me resulta mucho más interesante que un libro más o menos que yo pueda escribir".

Moctezuma en Venecia

Y en este final de los setenta escribe también esa joya musical que es el "Concierto barroco", otro de sus "divertimentos" que ya desde las primeras líneas suena a música: "De plata los delgados cuchillos, los finos tenedores; de plata los platos donde un árbol de plata labrada...". Son fuegos artificiales las descripciones, los diálogos, las situaciones de esta novela que empieza en Méjico, sigue en La Habana, luego en Madrid, para terminar en Venecia, durante la representación de una ópera olvidada de Vivaldi, titulada "Moctezuma". La escena de la "surprise-party" en el convento de l'Ospedale de la Pietà, en la que intervienen Antonio (Vivaldi), Doménico (Scarlatti), y Jorge Federico (Haendel), quedará como una de las más jocosas de la literatura; la conversación de estos mismos ante la tumba de Igor Stravinsky es, además de un juego con el tiempo habitual en Carpentier, acertadísima crítica musical: "Igor Stravinsky"



—dijo deletreando (Antonio). "Es cierto —dijo el sajón (Haendel) deletreando a su vez: quiso descansar en este cementerio". "Buen músico —dijo Antonio— pero muy anticuada, a veces, en sus propósitos. Se inspiraba en los temas de siempre: Apolo, Orfeo, Perséfone (¿hasta cuándo? Conozco su Oedipus-Rex —dijo el sajón—: algunos dicen que en el final de su primer acto —"Gloria, gloria, gloria, Oedipus uxór!— suena a música mía"). (...) "Es que esos maestros que llaman avanzados se preocupan tremendamente por saber lo que hicieron los músicos del pasado —y hasta tratan, a veces, de remozar sus estilos—. En eso, nosotros somos más modernos. A mí se me importa un carajo saber cómo eran las óperas, los conciertos, de hace cien años. Yo hago lo mío, según mi real saber y entender, y basta".

Y es que Alejo sabía mucho, mucho, de música. Su padre había sido alumno de violonchelo de Pau Casals, y a él lo destinaba para pianista. Estudió armonía y compuso algunas piezas para piano "horrorosamente debussyistas"; también compuso la música de escena para la "Numancia" de Cervantes, montada por Barrault en 1937. Darius Milhaud lo felicitó por esta partitu-

ra, en la que intervenían exclusivamente instrumentos de percusión. De música hablábamos siempre que nos veíamos: de Falla, a quien trató; de Stravinsky, que le autorizó a utilizar el título de "La consagración de la primavera" para su novela; de Vila-Lobos, en cuya casa organizaron recepciones para el todo París: de ellos contaba anécdotas, como la de Vila-Lobos durmiendo, que decía, con un caimán debajo de la cama; o la de Falla cuando la presentación del "Retablo de Maese Pedro", horrorizado el casto asceta gaditano al oír por boca de El Gallo que "todos los franceses eran unos viciosos" porque les había gustado el niño que hacía de trujimán. Pero Carpentier no se quedó en aquella época, y conocía la música concreta, la repetitiva, y hasta fue a las películas de Travolta para ver qué era aquello del disco.

El tirano ilustrado

Luego, de 1974, data "El recurso del método, que se inserta dentro de una corriente de retratar algunos de esos personajes trágicos y pintorescos que fueron, y son, los dictadores latinoamericanos. Había iniciado la serie Valle-Inclán, con su insuperado "Tirano Banderas"; le

siguió Miguel Angel Asturias con "Señor Presidente", que presenta notables analogías con el anterior y refleja la dictadura del tirano guatemalteco Estrada Cabrera, y al fin, casi al mismo tiempo que Carpentier, abordan este tema de los dictadores folklóricos y de opereta, pero sanguinarios y crueles, Ros Bastos y García Mázquez. El de Carpentier es, si cabe decirlo, el más humano de todos, aunque tierno es también Tirano Banderas con su hija mongólica, pero el primer magistrado (así llama Carpentier a su personaje) tiene un barniz humanista que se le pegó por su estancia en Francia: es un "tirano ilustrado", algo leído, aparentemente protector de las artes y las letras, "que erige templos a Minerva, organiza certámenes poéticos mientras medio país se pudre en las prisiones y una Policía, feroz y sanguinaria, deja varias víctimas de su acción cada noche en las aceras de las ciudades".

Con esta novela (y las siguientes) se dio por incluir a Carpentier en lo que se llamó un día el "boom" latinoamericano, y pocas cosas había que le sacaran tanto de quicio, tanto por la expresión ajena al castellano —lengua que defendía con intransigencia— como por considerar que ese supuesto "boom" era resultado de un lanzamiento editorial. Lo comparaba al boom del petróleo, al boom town y al boom rush hacia el Oeste, hacia el oro: booms efímeros, pasajeros, carentes de solidez. "Se ha querido comparar el 'boom' latinoamericano de diez años a esta parte con otros movimientos anteriores. Es falsa la comparación, por una razón muy sencilla: en los 'booms' anteriores, el ruso, el escandinavo, el de la novela soviética (cuando la 'Revista de Occidente' empieza a publicar, por los años veinticinco, a Ivanov, Leonov, Babel, se trata de cosa hecha. A mi juicio, la debilidad del llamado 'boom' latinoamericano es que parte, generalmente, de autores que han escrito una o dos novelas, tres, cuatro libros a lo sumo. En el 'boom' norteamericano, por ejemplo, no había más que traducir lo hecho y había cantidad de libros que darle al público, mientras que hoy, demasiados escritores del 'boom' latinoamericano están trabajando para el 'boom' y eso explica por qué en la producción de algunos de ellos se observa un descenso vertical de la calidad. Ojalá siga el 'boom', pero es muy peligroso producir para mantenerlo".

Entre esta novela, "El discurso del método" y la anterior, "El siglo de las luces", Carpentier estuvo

ALEJO CARPENTIER

unos diez años sin producir, recluido en Cuba al frente de las publicaciones del Estado. Allí su labor fue inmensa. Bajo su dirección se publicaron 70 millones de volúmenes, libros de escuela, de Universidad, técnicos y de literatura. Más de un millón de cubanos habían aprendido a leer, y para ellos las Publicaciones del Estado tuvieron que empezar desde cero, desde la "Iliada" y la "Odisea", hasta la "nueva novela" francesa. Carpentier hizo ediciones notables, como la de relatos de Kafka, sin duda la mejor que existe en español, y publicó obras de Proust, de Joyce, de Malraux, de Robbe Grillet, etc. "El Quijote" se tiró a cien mil ejemplares, en un país que no llegaba entonces a los nueve millones de habitantes.

Guillotina y revolución

En 1962 se publica "El siglo de las luces"; para muchos su mejor novela. Es la historia de Victor Hughes, un protegido de Maximiliano Robespierre que éste envía a la Isla de La Guadalupe para arrojar de allí a los ingleses. Con las ideas generosas de la Revolución francesa, Victor Hughes lleva al nuevo mundo la guillotina y se convertirá en un dictador cruel.

Este relato épico, barroco, desmesurado, comienza en La Habana, cuyos olores y colores describe Carpentier con una minuciosa sensualidad. Cada palabra tiene su lugar, como en los dibujos de Goya las manchas (cada capítulo va precedido de una frase de Goya), en un complejo diáfano, y las largas descripciones de sensaciones no fatigan jamás. El paisaje adquiere una fisonomía propia, se convierte en un verdadero personaje, tal vez tan importante como los de carne y hueso.

En esta novela profusa la evolución de los personajes tiene una importancia capital: mientras que el revolucionario Victor Hughes se convierte en un dictador, Sofia termina luchando en Madrid contra los invasores napoleónicos. "En Sofia el sentimiento amoroso juega un papel importante, pero secundario. Estuvo enamorada de Victor Hughes cuando éste tenía actitudes e ideas calcadas de Robespierre. Pero se ve decepcionada cuando lo vuelve a encontrar, al final de la novela, y lo halla escéptico. Victor Hughes ya había renunciado a muchas cosas. En cambio, ella, después de abandonar las Antillas, todavía se incorpora en el movimiento insurreccional del Dos de Mayo en Ma-

drid, arrastrando a Esteban, Sofia ofrenda su vida por la causa de la independencia de un pueblo".

Algunos críticos, entre ellos Emir Rodríguez Monegal han visto en este libro la ilustración del desencanto



Rosario, la india de "Los pasos perdidos".

revolucionario. "Recuerda —dice Carpentier— que inicio la novela con una cita del Zohar que dice: 'Las palabras no caen en el vacío'. Ahí está dicho todo. Los hombres pueden flaquear, sucumbir, traicionar incluso lo que amaron un día. Pero las ideas germinarán. La Revolución francesa fue aplastada, desintegrada, desvirtuada, desembocando en el reinado de una burguesía feroz. Y, sin embargo, la idea revolucionaria —novísima en 1799— siguió imperturbablemente su camino a través de todo el siglo pasado, hasta desembocar en las revoluciones del presente, y a ella debemos la independencia de los países latinoamericanos. No olvides que hay una cosa muy importante en este libro, y es que, precisamente, por un fenómeno de rebote, la revolución se prosigue en las Antillas a través de episodios poco conocidos. Cuando ya va perdiendo fuerza en París, todavía no se degrada en La Guadalupe, donde se mantiene en plena vigencia. Y cuando la reacción de Termidor está ya instalada en Francia, los jacobinos, revolucionarios puros, por un fenómeno de desajuste en el tiempo, continúan aún allí. A Robespierre se le veía en las colonias como nosotros vemos a menudo esas estrellas que ya no existen, pero cuya luz nos sigue iluminando".

Al servicio de la revolución

En 1959, cuando se produce el triunfo de los rebeldes de la Sierra

Maestra, Carpentier se encontraba feliz en Venezuela desde hacía catorce años, perfectamente integrado en la vida de aquel país. Dirigía programas de radio, era profesor en la Universidad y Venezuela le había permitido escribir "Los pasos perdidos". Muchos se extrañaron de que abandonara todo para integrarse a la revolución cubana: estos ignoraban que Carpentier había compartido las luchas de Julio Antonio Mella, de Rubén Martínez Villena, de Pablo de la Torriente Brau y de tantos otros que habían caído en una lucha larga, tenaz y cruenta. Otras voces vivas, que le habían alentado en el Grupo Minorista, como las de Nicolás Guillén, de Juan Marinello, de Raúl Roa, le llamaban: "¡Oí esas voces que habían vuelto a sonar, devolviéndome a mi adolescencia; escuché las voces nuevas que ahora sonaban, y creí que era mi deber

poner mis energías, mis capacidades al servicio del gran quehacer histórico latinoamericano que en mi país se estaba llevando adelante. Y entonces, a principios de 1959, cuando me di cuenta de que se había producido una verdadera revolución en Cuba que realizaba algunos deseos que para mí eran muy importantes —entre ellos lo concerniente a la difusión de la cultura—, me instalé definitivamente en la isla en el mes de julio del mismo año".

Jugar con el tiempo

Poco antes Carpentier había publicado "Guerra del tiempo", una serie de cuentos, entre ellos, "El acoso", "Viaje a la semilla" y "El Camino de Santiago", en los que su preocupación central es la esencia del hombre, más allá de las contin-



Carpentier (a la derecha en la foto), con José Antonio Fernández de Castro, ambos presos en la cárcel de La Habana bajo supuesta acusación de "comunistas".

gencias del tiempo, con el que juega en sorprendentes anacronismos y transposiciones. En "Viaje a la semilla" el tema es la reversibilidad del tiempo: la vida del marqués de Capellanías se desarrolla al revés, como en una película proyectada desde el final hacia el comienzo: "Un estreñecimiento amarillo corrió por el óleo de los retratos (...) y gentes vestidas de negro murmuraron en todas las galerías. (...) Don marcial yacía en su lecho de muerte, el pecho acorazado de medallas, escoltado por cuatro cirios (...) los cirios crecieron lentamente, perdiendo sudores. Cuando recobraron su tamaño los apagó la monja apartando una lumbre. (...) La casa se vació de visitantes y los carruajes partieron en la noche. (...) Don Marcial se encontró de pronto tirado en medio del aposento. (...) Don Marcial no se sentía bien". Y así, retrocediendo en su vida, hasta su retorno a la semilla, hasta el seno materno.

Lo real maravilloso

En Venezuela había escrito "Los pasos perdidos", después de una expedición hacia las fuentes del Orinoco, relato de un intelectual que abandona a su mujer y a su amante para ir en busca, a través del mítico Amazonas, de la mujer primitiva, jamás hallada, o siempre encontrada en el interior de uno mismo. "Su programa de desalienación ha sido un fracaso, porque se basaba en un a priori falso, en un 'menosprecio de corte y alabanza de aldea' nada menos que en pleno siglo XX", y ese destino torcido persistirá hasta que otros hombres hagan estallar las estructuras opresivas del poder burgués con la revolución".

Lo "real maravilloso" está ampliamente desarrollado en "Los pasos perdidos", pero había aparecido antes, en "El reino de este mundo" (1954), que escribió después de un viaje por Haití con la compañía teatral de Louis Jouvet.

Allí descubrió al personaje extraordinario de Mackandal, líder de la primera sublevación de los esclavos haitianos. "Ese personaje me interesó enormemente. Era un esclavo al que un día se le quedó cogido un brazo en el trapiche de un ingenio, y, ya curado, se escapó al monte, donde fomentó una de las revoluciones más extraordinarias de toda la historia de América".

Lo real maravilloso de Carpentier es distinto del realismo mágico, concepto explicado y plasmado por Miguel Ángel Asturias, entre otros. Carpentier explica que el término de realismo mágico fue acuñado por un crítico alemán, en los años veinte, refiriéndose al expresionismo



En compañía de un misionero, en el Amazonas.

alemán, al surrealismo y a todo lo que persigue lo maravilloso sin buscarlo en la realidad. "En cambio, lo real maravilloso que yo defiendo es lo que encontramos al estado bruto, latente, omnipresente en todo lo latinoamericano. Aquí lo insólito es cotidiano. Bernal Díaz del Castillo manifiesta este realismo mágico cuando escribe, al contemplar la ciudad de Méjico por primera vez: 'Todos nos quedamos asombrados y dijimos que esas tierras, templos y lagos se parecían a los encantamientos de que hablaba el Amadís'. Nuestra historia está hecha de real maravilloso: el Rey Henri Christophe, de Haití, cocinero que llega a ser Emperador de Haití (lo cuento en 'El reino de este mundo') y que pensando que un buen día Napoleón va a reconquistar la isla, construye una fortaleza fabulosa donde podría resistir un asedio de diez años con todos sus dignatarios, ministros, soldados, tropas, todo, y tenía almacenadas mercancías y alimentos para poder existir diez años como país independiente (hablo de la Ciudadela de Laferrière). Y para que esa fortaleza tenga paredes que resistan al ataque de los hombres de Europa hace fraguar el cemento con sangre de centenares de toros. Eso es maravilloso. La revuelta de Mackandal, que hace creer a millares y millares de esclavos en Haití que tiene poderes licantrópicos, que puede transformarse en ave, en caballo, en mariposa, en insecto y promueve esa revolución de la que hablaba, eso es maravilloso y real. Nosotros sólo tenemos que alargar las manos para alcanzarlo".

La música en Cuba

No hablaré de "Ecue-Yamba-O", aunque tenga ahora una tirada mul-

tudinaria en España, porque sé que Carpentier no apreciaba demasiado esta su primera novela, y a cuya publicación se resignó después de que se la hubiesen pirateado en América Latina, pero sí de "La música en Cuba", que tanto influyó en su obra futura, pues las investigaciones que hizo en catedrales cubanas, en ciudades de provincias, le llevaron a un conocimiento profundo de su país. Un ejemplo que me contaba a este respecto: en "El siglo de las luces" habla de una compañía de ópera francesa, de un baritono, monsieur Faucompré, que llega a Guadalupe a principios del siglo XIX. "Eso lo saqué de mis investigaciones, y pude comprobar que cantaban mucho 'Ricardo Corazón de León' y 'El adivino de Aldea', de Jean-Jacques Rousseau, que además de escritor fue un gran músico".

La "Historia de la música en Cuba" no es sólo la obra de un gran musicólogo, sino que constituye un compendio de la cultura de los pueblos del Caribe, de sus lenguas, sus ritmos y sus poesías.

Retorno a la tierra

Carpentier llegó a La Habana, procedente del campo, donde se había criado, a los diecisiete años. Pronto se integró en el Grupo Minorista, con Marinello, Martínez Villena, que tuvo el extraordinario privilegio de derrocar a Machado; Julio Antonio Mella, uno de los fundadores del Partido Comunista cubano; Nicolás Guillén, que se incorporó un poco tarde, pues vivía en Camagüey, y Fernando Ortiz, que habla dedicado su vida a las influencias de las culturas africanas en la vida y la cultura cubanas. "Pertenece a la

burguesía y sus parientes decían de él: lástima que un hombre de tanto talento se dedique a los negros". Alejo estuvo varios meses en la cárcel, donde escribió varios capítulos de "Ecue-Yamba-O" y tuvo serios problemas con un compañero de celda, cuyo padre se dedicaba a hacer bailar a un oso por los villorios. Le dijo en cierta ocasión que aquello de la explotación del oso por el hombre le parecía una inmoralidad, y el otro le quería romper las costillas.

Antes, Carpentier había trabajado en una finca de su padre montando a caballo y ocupándose de las recolecciones del cultivo, así como de la cría de ciertos animales. Al final de "El reino de este mundo" hay un capítulo dedicado a las ocas, recuerdo de cuando tenía una manada de estos animales. Su padre profesaba ideas roussonianas sobre la educación: creía que se aprendía más tratando con la gente que encerrándose en las clases de los colegios. "Recuerdo que unos negros me contaban historias que habían recogido de sus antepasados, y creo que algunas de mis ideas actuales, o de mis puntos de vista filosóficos o políticos deben mucho a esos años de vida común con los hombres del campo: el respeto de ciertos valores humanos y una visión de lo que es el bien y el mal, de lo que es limpio y de lo que es sucio".

Su padre, arquitecto bretón, había emigrado a Cuba en 1902 asqueado de Francia por el "affaire Dreyfus". A él se le deben algunos de los edificios más importantes de La Habana, como el Country Club o la gran central eléctrica Tallapiedra. Su bisabuelo, el comandante Lucas, dirigía las operaciones del navío "Le Redoutable" en la batalla de Trafalgar, y fue quien ordenó el tiro que mató a Nelson. Otro antepasado suyo fue uno de los primeros exploradores científicos de la Guyana, y Carpentier nos enseñaba con orgullo unos gemelos suyos que conservaba celosamente de oro del Oya-poc.

Nació Carpentier en 1904 en la calle Maloja, en La Habana.

Hubiera podido ser músico, campesino, arquitecto, y fue uno de los más grandes escritores contemporáneos. ¿Estará contento Alejo con su destino?

—Habiendo sido amigo de muchos directores de orquesta, de compositores, colaborador de Milhaud y de Varese, amigo de Erich Kleiber, de Francis Poulenc, de Strawinsky, como todos los músicos, nunca fui capaz de bailar medianamente. Así que ¿el hombre que me gustaría haber sido? Sin duda: ¡Fred Astaire! ■ RAMON CHAO.